



Tiempo de lectura: 10 min.

[Benjamin Tripier](#)

El doble terremoto no solo devastó ciudades y vidas, sino que hizo colapsar la ficción de gobernabilidad que sostenía a [Delcy Rodríguez](#) como pieza central de la transición tutelada. En cuestión de horas, quedó claro que el “rodrigato” podía administrar discursos y apoyos externos, pero no garantizar una respuesta eficaz y creíble ante la peor tragedia en décadas, dejando a millones de venezolanos entre la improvisación estatal y el heroísmo civil.

Ese cisne negro no derriba de inmediato la arquitectura del interinato, pero sí acaba con su principal argumento de legitimación: la idea de que, bajo su mando, Venezuela era al menos gobernable; y obliga a mirar con otros ojos tanto la apuesta de Washington como la necesidad de una conducción distinta, más soberana y anclada en la legitimidad que encarna [María Corina Machado](#).

Venezuela no está solo ante una tragedia sísmica: está ante una encrucijada histórica sobre quién manda y para quién se manda. El doble terremoto desnuda una transición diseñada desde Washington, sostiene a Delcy Rodríguez con apoyos externos y cuestiona su capacidad real para gobernar la reconstrucción, mientras

mantiene a María Corina Machado —la líder que concentra la legitimidad mayoritaria y el capital simbólico del Nobel— fuera del país que representa.

La pregunta de fondo ya no es si Estados Unidos apoya o no a la oposición, sino si está dispuesto a que Venezuela vuelva a ser una república soberana o se consolide como un “estado 51” informal, administrado en nombre de la estabilidad, pero a costo de su propia autonomía histórica.

La rueda de prensa de Delcy Rodríguez no cerró la discusión sobre la gobernabilidad venezolana, sino que la abrió de forma más nítida. Su comparecencia buscó transmitir mando, control y capacidad de respuesta, pero al mismo tiempo dejó expuesta la fragilidad política de un interinato de facto que sigue dependiendo de apoyo externo, de una narrativa defensiva frente a la opinión pública y de una legitimidad inexistente en el terreno social.

El dato decisivo no es que Delcy se haya defendido, sino de qué tuvo que defenderse: de acusaciones de lentitud, desorganización, opacidad en las cifras y distancia entre la narrativa oficial y la percepción popular de lo ocurrido en las primeras 48 horas del desastre. Eso importa porque, en una emergencia extrema, la gobernabilidad real no se mide por el número de declaraciones emitidas sino por la velocidad, credibilidad y densidad territorial de la respuesta.

Lo que mostró la rueda de prensa

Delcy intentó fijar cuatro mensajes. Primero, que la respuesta fue inmediata; segundo, que el Estado movilizó rápidamente miles de funcionarios; tercero, que las críticas forman parte de una operación mediática; y cuarto, que su gobierno conserva interlocución internacional suficiente para atraer ayuda, crédito y cooperación.

También subrayó el respaldo de Donald Trump y Marco Rubio, así como el contacto con BID, FMI y Banco Mundial, en una clara señal de que su supervivencia política hoy depende tanto de la eficacia interna como de la convalidación externa.

Sin embargo, la misma crónica revela las grietas de esa narrativa. Residentes denunciaron haber quedado solos en las primeras horas, la respuesta observada por testigos fue liderada en buena medida por civiles y voluntarios, y la pregunta sobre el número real de fallecidos y desaparecidos siguió sin una respuesta plenamente

convinciente. En otras palabras: la rueda de prensa fortaleció la imagen de una autoridad que todavía tiene control, pero no necesariamente puede sostenerlo mucho tiempo más, como no sea con el uso indiscriminado y salvaje de la fuerza, la represión y el miedo.

Qué dice esto sobre su gobernabilidad

La gobernabilidad que hoy puede sostener Delcy parece ser funcional, pero no legítima. Puede administrar recursos, recibir cooperación, activar cadenas de mando y apoyarse en la estructura estatal remanente, en el aparato de seguridad y en el aval de Washington. Pero otra cosa muy distinta es transformar esa capacidad operativa en autoridad política duradera ante una sociedad traumatizada, enojada y cada vez más sensible a la diferencia entre control y representación... porque hoy ella, y lo que ella representa no llega al 5% de la aceptación popular... y menos aún después de la incompetencia demostrada frente al desastre natural.

Esto obliga a una conclusión sobria: Delcy puede sostener gobernabilidad a la fuerza; no está claro que pueda sostener gobernabilidad de mantener el statu quo, y, menos que menos la necesaria para la reconstrucción nacional.

La primera descansa en la obediencia administrativa, la ayuda externa y la excepcionalidad del desastre; la segunda requiere confianza, legitimidad social, horizonte de país y capacidad de convocar obediencia voluntaria más allá del miedo, la necesidad o la inercia institucional.

Por eso, su techo político probablemente esté más cerca de lo que parece. Incluso si logra estabilizar la coyuntura, su margen para convertirse en referencia de futuro sigue siendo mínimo mientras continúe asociada al aparato chavista previo, a la tutela de Washington y a la percepción de que administra una transición prestada más que una soberanía recuperada.

Delcy, como el “estado 51” y María Corina como línea de soberanía

La permanencia de Delcy, con el actual tipo de apoyo estadounidense, favorece una forma de protectorado práctico: una Venezuela con símbolos nacionales intactos, pero con decisiones estratégicas cada vez más condicionadas desde Washington en

energía, financiamiento, seguridad y secuencia política.

No hace falta anexión formal para que se configure un “estado 51” funcional; basta con una élite gobernante dependiente de autorización externa para sostenerse, financiarse y decidir el ritmo de la apertura.

María Corina Machado representa la hipótesis contraria: una transición prooccidental, sí, pero fundada en legitimidad venezolana y no en subordinación estructural. Por eso podría decirse, sin grandilocuencia pero con realismo, que hoy Machado es la última línea de defensa para que Venezuela siga siendo un país soberano, porque encarna la posibilidad de que la reconstrucción no equivalga a tutela permanente, sino a restitución del sujeto nacional.

Si Estados Unidos le diera a MCM el mismo apoyo que hoy le da a Delcy

La pregunta es decisiva: contando con el mismo respaldo político, diplomático, financiero y logístico que hoy recibe Delcy, ¿podría María Corina hacerse cargo inmediatamente del poder?

La respuesta analítica es sí, aunque no de manera simple ni lineal. Podría hacerlo porque dispone de un activo del que Delcy carece que es legitimidad política de origen, capacidad de movilización simbólica, conexión emocional con la mayoría opositora y potencial para convertir la ayuda externa en autoridad nacional, en vez de convertir la autoridad nacional en simple derivado de la ayuda externa.

Para hacerlo viable, necesitaría cinco movimientos simultáneos:

1. Reconocimiento operativo explícito de Washington y de actores regionales clave, no solo como líder moral sino como autoridad de transición con capacidad ejecutiva
2. Un acuerdo institucional rápido con una figura de consenso como Edmundo González y el apoyo de la AN 2015, para distribuir funciones entre liderazgo político, administración de emergencia y futura normalización electoral
3. Control inmediato de la cadena de ayuda humanitaria y de reconstrucción, para demostrar en días —no en meses— que su legitimidad también puede traducirse en gestión

4. Garantías acotadas pero claras para sectores burocráticos, militares y técnicos que temen una sustitución caótica, evitando que la transición democrática derive en vacío de mando
5. Un mensaje simultáneo a tres audiencias: venezolanos, inversores y gobiernos de la región, asegurando orden, propiedad, cumplimiento de contratos revisables dentro de derecho y cronograma de normalización institucional

El obstáculo principal no es técnico, sino geopolítico. Un gobierno encabezado por Machado sería más legítimo para los venezolanos, pero menos maleable para quienes prefieren una transición estrechamente administrada desde afuera. Dicho de otro modo: si Washington quisiera, MCM podría asumir con rapidez; la cuestión es que el diseño vigente parece preferir control antes que soberanía.

Tres escenarios actualizados

Escenario

Descripción

Probabilidad

1. Continuidad tutelada con Delcy

Delcy sostiene la emergencia con ayuda externa, apoyo estadounidense y control administrativo, pero sin resolver el déficit de legitimidad de fondo ni disipar las dudas sobre su capacidad de reconstrucción política del país.

40%

2. Reacomodo híbrido

Washington mantiene el interinato, pero incorpora a Machado y/o a una fórmula Machado-González de manera progresiva por desgaste de la narrativa oficial, presión social y necesidad de aumentar legitimidad sin perder completamente control.

40%

3. Giro democrático soberano

El límite político de Delcy se vuelve demasiado visible, aumenta la presión interna y externa, y Machado emerge como autoridad de transición con respaldo suficiente para encabezar una reconstrucción con mayor soberanía venezolana.

20%

Lectura de probabilidades

El escenario 1 sigue siendo el más probable porque arrastra la inercia, y concentra hoy el poder institucional duro: Trump, Rubio, el aparato de seguridad y la lógica de control energético-financiero. Además, la emergencia le ofrece a esa coalición una justificación funcional para aplazar aperturas que compliquen la cadena de mando.

El escenario 2 gana fuerza (y en cualquier momento pudiera superar al escenario 1) porque el terremoto altera legitimidades y hace visible la insuficiencia de una transición sostenida solo por tutela externa. Si Delcy no logra traducir emergencia en eficacia política, Washington tendrá que incorporar más densidad democrática al proceso para no quedar identificado con una administración de ocupación indirecta.

El escenario 3, aunque menos probable hoy, no es marginal. Su posibilidad depende de que María Corina convierta capital simbólico en centralidad operativa y de que la diáspora, la oposición organizada y algunos actores en Washington logren instalar que la estabilidad sin soberanía termina siendo una solución aparente y no una salida histórica.

Si se mantuviera el escenario 1 mucho tiempo más, la única manera de llegar al escenario 2, sería con la activación del escenario 3, lo cual significaría protestas masivas para que los chavistas abandonen el poder y, si es posible, que se vayan de Venezuela. La gente hoy les tiene rabia, a ellos y a todo lo que representan. Y esa olla de presión cada vez tiene menos membranas que eviten la explosión.

Lectura política de los escenarios

El escenario 1 baja respecto del análisis anterior porque la rueda de prensa, aunque ordenó la narrativa oficial, no despejó la duda central sobre la gobernabilidad sustantiva de Delcy. Demostró capacidad de hablarle al mundo, pero no probó de manera concluyente capacidad de reconectar con el país real herido por la catástrofe.

El escenario 2 sube y queda empatado con el primero porque la brecha entre control y legitimidad se ha vuelto demasiado visible como para seguir ignorándola mucho tiempo. Si Washington quiere preservar gobernabilidad sin cargar con el costo de una tutela demasiado descarnada, la incorporación gradual de Machado al dispositivo de transición pasa a ser una corrección racional, no una concesión romántica.

El escenario 3 mantiene una probabilidad menor, pero conserva potencia estratégica. No depende solo del desgaste de Delcy; depende de que se articule una alternativa capaz de tranquilizar a quienes temen caos y, a la vez, entusiasmar a quienes exigen soberanía, justicia y reconstrucción nacional.

Un realismo esperanzador

Para los venezolanos, el mensaje realista es que la disputa no está cerrada y que la legitimidad democrática sigue siendo un activo vivo, aunque hoy no controle completamente la institucionalidad. La esperanza razonable no pasa por esperar un milagro inmediato, sino por entender que cada error del esquema tutelado aumenta la necesidad de una salida más auténticamente venezolana.

Para los inversores extranjeros, la señal importante es que la estabilidad puramente administrada puede ofrecer orden de corto plazo, pero no necesariamente seguridad estratégica de largo plazo. La inversión verdaderamente sostenible requiere instituciones legítimas, reglas previsibles y una conducción política capaz de convertir la reconstrucción en pacto nacional, no en administración provisional indefinida.

Para los gobiernos de la región, la conclusión es doble. Conviene apoyar la estabilización humanitaria inmediata, pero también evitar que la excepcionalidad post-terremoto consolide un precedente de soberanía intervenida bajo fachada de transición. Una Venezuela reconstruida pero políticamente tutelada seguiría exportando incertidumbre; mientras que una Venezuela soberana, democrática y reinsertada institucionalmente sería, en cambio, un ancla de equilibrio regional.

Cierre

El mensaje para los venezolanos es duro, pero no desesperado: el esquema tutelado ha mostrado sus límites, y cada falla de la gobernabilidad de Delcy aumenta el valor político de una opción que combine orden y soberanía.

Para los inversores y los gobiernos de la región, la lección es clara: una Venezuela administrada como protectorado puede ofrecer control de corto plazo, pero solo una Venezuela democrática y dueña de sus decisiones ofrecerá estabilidad confiable de largo plazo.

En ese tablero, María Corina Machado no es un detalle de carácter, sino la última línea de defensa de que el país siga siendo sujeto de su propia historia; la esperanza realista es que, tarde o temprano, la necesidad de reconstrucción auténtica obligue a que la legitimidad que ella encarna deje de mirar la transición desde afuera y pase, por fin, a conducirla desde adentro.

Contactos:

Mail: btripierntn@gmail.com

Instagram: [@benjamintripier](https://www.instagram.com/benjamintripier)

Twitter: [@btripier](https://twitter.com/btripier)

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)